

Restaurando el Cristianismo original—¡para hoy!

Iglesia de Dios Cristiana y Bíblica

P.O. Box 1442

Hollister, California 95024-1442

(831) 637-1875

laverdaddedios.org • truthofgod.org • churchathome.org
afaithfulversion.org • theoriginalbiblerestored.org

Fred R. Coulter
Ministro

Carta Julio y Agosto

15 de Julio, 2026

Queridos hermanos,

El cristianismo moderno sigue adoptando enseñanzas e ideas sin fundamento en las Escrituras. En cambio, la mayoría de las doctrinas protestantes y católicas se basan en antiguos conceptos paganos—con la dosis justa de verdad para que *parezcan* ser de Dios. Esto se aplica a la mayoría de las enseñanzas que denominan “cristianas”: la inmortalidad del alma; el cielo como recompensa para los salvos; la salvación con solo “aceptar a Jesús”; la veracidad de la Ley en la actualidad; la observancia de festividades paganas como la Navidad y la Semana santa; el abandono del Sábado semanal y de las Fiestas santas anuales; y muchas más. Pero una de las enseñanzas más vilipendiadas del “cristianismo” actual tiene que ver con el “nacer de nuevo”.

Según el cristianismo tradicional, uno “nace de nuevo” cuando “recibe a Cristo” y es “salvo”—generalmente en el bautismo. Por lo tanto, “nacer de nuevo” se considera una *experiencia religiosa*. Sin embargo, a la mayoría de los cristianos les resulta difícil explicar, a partir de las Escrituras, qué significa nacer de nuevo o “nacer de Dios”. De hecho, existe mucha confusión al respecto. La Biblia, en cambio, es bastante clara sobre este tema.

En Juan 3:1-12, Jesús enseñó que “nacer de nuevo” significa literalmente “nacer del Espíritu”—llegar a ser un ser espiritual. Como veremos, otros pasajes muestran que este “nuevo nacimiento” *a la vida espiritual* tendrá lugar en la primera resurrección, cuando Cristo regrese. Por lo tanto, Jesús es el Único que ha “nacido de nuevo”, ya que Él es el *Primogénito de entre los muertos*. Nadie más ha resucitado aún de entre los muertos a la vida eterna—nadie más ha “nacido de nuevo”.

El origen pagano de la popular doctrina del “nacer de nuevo”: Puede que sorprenda a muchos que la idea de un “segundo nacimiento” *como experiencia religiosa* no sea exclusiva del cristianismo. De hecho, el concepto es bastante antiguo. En su obra fundamental *Las dos Babilonias*, Alexander Hislop demuestra que las religiones paganas, que tenían sus raíces en la antigua Babilonia, creían y practicaban el “nacer de nuevo” o el “nacer dos veces”. Por ejemplo, Hislop escribió: “Los brahmanes hacen de ella motivo de singular ostentación en el sentido de que ellos son hombres que han “nacido dos veces” y que, como tales, están seguros de la felicidad eterna. Lo mismo ocurría en Babilonia, pero allí **el renacimiento era conferido por el bautismo**” (p. 209, énfasis añadido). Cabe destacar que la enseñanza pagana del “nacer de nuevo” o “nacer dos veces” no tenía nada que ver con la resurrección de entre los muertos, sino que estaba vinculada al rito del *bautismo*.

Pero, ¿cómo llegó esta falsa enseñanza a formar parte del cristianismo nominal?

Jesús advirtió repetidamente a sus seguidores sobre falsos mesías, falsos apóstoles y falsos profesores que, de ser posible, engañarían incluso a los elegidos (Mateo 24:5, 11, 15, 24; vea los relatos paralelos en Marcos y Lucas). Los apóstoles también advirtieron a los creyentes que estu-

vieran alerta ante falsos apóstoles y falsos profesores (II Corintios 4:11; 1 y II Timoteo; Tito 1; II Pedro 2; 1, 2 y III Juan; Judas; Apocalipsis 2, 3, 13 y 17). El Nuevo Testamento está repleto de advertencias sobre falsos apóstoles y falsos profesores que se presentarían con apariencia de ovejas, pero que en su interior serían lobos rapaces, buscando pervertir y destruir la verdad de Dios.

El apóstol Pablo advirtió a los tesalonicenses en el año 51 d. C. que un sistema religioso apóstata, al que llamó el “misterio de ilegalidad”, comenzaba a infiltrarse en la Iglesia (II Tesalonicenses 2:1-12). Les advirtió: “No permitan que ninguno los engañe, por ningún medio, porque *ese día* [el regreso de Cristo] *no vendrá a menos que la apostasía venga primero, y el hombre de pecado* [el anticristo final] *sea revelado... Porque el misterio de ilegalidad ya está trabajando*” (versos 3, 7).

Con el tiempo, esta “religión de misterio”, inspirada en los antiguos “misterios” babilónicos, se ha convertido en un gran “cristianismo” apóstata—al que Cristo identifica en las Escrituras como “**BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA**” (Apocalipsis 17:5). Los primeros líderes de este sistema religioso establecieron numerosas falsas enseñanzas, entre ellas la doctrina de que uno “nace de nuevo” al convertirse—o, en lenguaje protestante, al “aceptar a Jesús”. Al igual que en la antigua Babilonia, este “nuevo nacimiento” se asocia con el bautismo, pero no tiene nada que ver con resucitar de entre los muertos a vida espiritual.

Los primeros “padres de la Iglesia” latinos adoptaron la idea babilónica de que uno “nace de nuevo” mediante el bautismo. *Justino Mártir*, por ejemplo, enseñó que los convertidos al cristianismo deben ser “conducidos... a un lugar donde hay **agua**; y **allí renacen** en el mismo tipo de renacimiento en el que nosotros mismos renacimos” (*Primera Apología*, 61). *Ireneo* enseñaba que los cristianos “son purificados, por medio del **agua sagrada** y la invocación del Señor, de sus antiguas transgresiones, siendo **regenerados espiritualmente como niños recién nacidos...**” (*Fragmento*, 34). Asimismo, *Clemente* escribió que, en esta vida presente, los cristianos “son **regenerados y nacen de nuevo del agua**” (*Reconocimientos*, 6:9). Estas afirmaciones revelan que los primeros “padres de la Iglesia” creían que “nacer de nuevo” era una *experiencia religiosa* ligada al rito del bautismo.

Un factor que ha contribuido a oscurecer el verdadero significado de la frase “nacer de nuevo” es la mala traducción de Juan 3:5 en la *Vulgata latina*. Traducida originalmente por Jerónimo en el año 383 d. C., la *Vulgata* inserta la palabra “de nuevo” en el verso 5, haciendo que se lea “nacer **de nuevo** del agua”. Sin embargo, ningún manuscrito griego incluye la palabra “de nuevo” en el pasaje. Por el contrario, la traducción latina de Erasmo del griego traduce correctamente el verso como simplemente “nacer del agua.”

Es probable que los líderes de la Iglesia latina —como los citados anteriormente— estuvieran influenciados por una traducción antigua de las Escrituras, anterior a la *Vulgata*, que contenía una interpretación errónea de Juan 3:5. Como mínimo, la traducción de Jerónimo perpetuó la falsa doctrina del “nacer de nuevo” con su interpretación corrupta de Juan 3:5. Esta interpretación defectuosa ha permanecido en la *Vulgata latina* y es la base del “sacramento del bautismo” católico—que generalmente se administra a bebés o niños.

El erudito bíblico William Tyndale, el primero en traducir el Nuevo Testamento del griego al inglés, tradujo correctamente Juan 3:3, 5. Sin embargo, en otros escritos enseñó que cuando uno se convierte y recibe el Espíritu Santo, ha “nacido de nuevo”. Es probable que la teología de Tyndale haya contribuido a la doctrina protestante del “nacer de nuevo”.

El verdadero significado de “nacer de nuevo”: Para comprender plenamente el significado bíblico de “nacer de nuevo”, es necesario examinar las enseñanzas de Jesús en Juan 3:1-12. El contexto de estos versos demuestra que “nacer de nuevo” no *significa una conversión ni una experiencia bautismal, sino una transformación literal de carne a espíritu*: “*Ahora, había un hombre de los fariseos, Nicodemo de nombre, un gobernante de los judíos. Él vino a Jesús de noche y le dijo: “Rabino, sabemos que eres un maestro que ha venido de Dios; porque nadie es capaz de*

hacer los milagros que estás haciendo a menos que Dios esté con él.”

Jesús respondió y le dijo: “Verdaderamente, verdaderamente te digo, **a menos que cualquiera nazca de nuevo**, no puede ver el reino de Dios.” Nicodemo le dijo: “¿Cómo puede un hombre que es viejo nacer? ¿Puede entrar *en* el vientre de su madre una segunda vez y nacer?” Jesús respondió: “Verdaderamente, verdaderamente te digo, **a menos que cualquiera haya nacido de agua y de Espíritu**, no puede entrar *en* el reino de Dios. Eso que ha **nacido de la carne es carne**; y eso que ha **nacido del Espíritu es espíritu**. No estés asombrado que te dije: ‘Te es necesario nacer de nuevo.’ **El viento sopla donde quiere**, y oyes su sonido, pero no sabes *el lugar* del cual viene ni *el lugar* al cual va; **así también es todo el que ha nacido del Espíritu**.”

Nicodemo respondió y le dijo: “¿Cómo pueden ser estas cosas?” Jesús respondió y le dijo: “Eres un maestro de Israel, ¿y no sabes estas cosas? Verdaderamente, verdaderamente te digo, Nosotros hablamos eso que sabemos, y testificamos de eso que hemos visto; pero ustedes no reciben Nuestro testimonio. Si te he dicho cosas terrenales, y no crees, ¿cómo creerás si te digo cosas celestiales?” (Juan 3:1-12).

Es evidente que en este diálogo Jesús no hablaba de una conversión ni de una experiencia bautismal. Más bien, comparaba el nacimiento físico—una existencia carnal—con el de “nacer de nuevo” o “renacido”—una existencia espiritual real. Jesús describe dos nacimientos: uno de agua y otro del Espíritu—“**a menos que cualquiera haya nacido de agua y de Espíritu**” (Juan 3:5). Luego, Jesús contrasta el nacimiento de la carne con el nacimiento del Espíritu: “**Eso que ha nacido de la carne es carne; y eso que ha nacido del Espíritu es espíritu**” (verso 6).

Cuando un ser humano nace, nace *de carne*—un ser físico. Además, todo ser humano “nace del agua”, del vientre materno, refiriéndose al líquido amniótico del parto. Quien nace *del agua* (a través del vientre materno) **nace de la carne—y es carne** (Juan 3:5-6).

Pero Nicodemo no comprendió el significado de la referencia de Jesús al nuevo nacimiento del Espíritu: “**a menos que cualquiera haya nacido ...de Espíritu**” ¿Qué clase de *existencia* tiene quien ha nacido del Espíritu?». Jesús respondió a esta pregunta diciendo: “**eso que ha nacido del Espíritu es espíritu**”. Jesús quiso decir claramente que quien ha nacido del Espíritu es, de hecho, **un ser espiritual**. El nuevo nacimiento espiritual implica que quien ha “nacido de nuevo” es un ser espiritual, ya no compuesto de carne humana. Puesto que quien ha nacido de la carne es carne, se deduce, como dijo Jesús, que quien “**ha nacido del Espíritu es espíritu**” (Juan 3:6).

Todo ser humano está limitado por la existencia carnal y un entorno físico. Sin embargo, como ser espiritual, uno no está atado por la carne ni limitado por el reino físico. Jesús afirmó que aquel que ha nacido del Espíritu no necesariamente puede ser visto, así como el viento no puede ser visto: “**El viento sopla donde quiere**, y oyes su sonido, pero no sabes *el lugar* del cual viene ni *el lugar* al cual va; **así también es todo el que ha nacido del Espíritu**.”” (verso 8). Por lo tanto, quien ha “nacido de nuevo”—“nacido del Espíritu”—debe ser invisible a los ojos humanos, capaz de ir y venir como el viento. Esto difícilmente se aplica a quien ha sido bautizado y convertido—pues *aún vive* en la carne y está limitado por ella.

Jesús también dijo que un ser humano carnal “no puede ver” ni “entrar” en el Reino de Dios (Juan 3:3, 5). Pablo reiteró esto cuando afirmó enfáticamente: “**Ahora digo esto, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios**” (I Corintios 15:50).

¿Cuándo uno nace de nuevo en verdad? ¿Cuándo, entonces, se “nace de nuevo” literalmente? Mateo escribió que Jesús fue el “Primogénito” de la virgen María (Mateo 1:25). El nacimiento humano de Jesús fue por agua. Él fue carne (I Juan 4:1-2), como cualquier otro ser humano. Cuando Jesús resucitó de entre los muertos *como ser espiritual*, se convirtió, en palabras de Pablo, en el “**primogénito de entre los muertos**” (Colosenses 1:18). Juan lo confirmó al escribir que Jesús era “**el Primogénito de los muertos**” (Apocalipsis 1:5). Por lo tanto, Jesús “nacido de nuevo”—“nacido del Espíritu”—en el momento de Su *resurrección*. Fue exactamente como le había dicho a Nicodemo: “**eso que ha nacido del Espíritu es espíritu**”.

Como ser espiritual, Jesús no estaba limitado por el plano físico. De hecho, atravesaba

puertas y paredes, apareciéndose repentinamente a los apóstoles y discípulos (Lucas 24:33-43). Aunque era espíritu, Jesús pudo manifestarse como hombre, con apariencia de carne y hueso.

Jesús no solo es el Primogénito de entre los muertos, sino también el “**primogénito entre muchos hermanos**” (Romanos 8:29). Si Jesús es el *Primogénito*, esto significa que hay otros que aún no han nacido de nuevo. El verdadero cuerpo de creyentes se llama la “iglesia de los primogénitos”, como escribió Pablo: “Sino han venido al Monte Sión, y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial; y a una innumerable compañía de ángeles; a la reunión festiva gozosa; y a la **iglesia de los primogénitos**, registrada en el libro de vida en el cielo; y a Dios, el Juez de todos” (Hebreos 12:22-23). Se la llama la «iglesia de los primogénitos» porque los creyentes nacerán de nuevo—“nacerán del Espíritu” en la primera resurrección, cuando Jesús regrese (Apocalipsis 20:4-6).

La Biblia revela que en la resurrección los creyentes “nacerán de nuevo” del Espíritu y recibirán un cuerpo espiritual glorioso, que brilla como el sol. Pablo explica: “Es sembrado [en la muerte] **un cuerpo natural** [lo que ha nacido de la carne, es carne]; es levantado [en la primera resurrección] **un cuerpo espiritual** [lo que ha nacido del espíritu, es espíritu]. **Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual**; en consecuencia, está escrito: “El primer hombre, Adán, se convirtió en un alma viva, el último Adán *se convirtió en un Espíritu eterno*.” Sin embargo, lo espiritual no fue primero, sino lo natural—luego lo espiritual.

El primer hombre es de la tierra—hecho de polvo. El segundo Hombre es el Señor del cielo. Como es aquel hecho de polvo, así también son todos aquellos que son hechos de polvo; y como es aquel celestial, así también son todos aquellos que son celestiales. Y como hemos llevado la imagen de *aquel* hecho de polvo, **también llevaremos la imagen de Aquel celestial** [en la resurrección]”.

“Ahora digo esto, hermanos, que **la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios**, ni la corrupción hereda incorrupción. He aquí, les muestro un misterio: no todos dormiremos, sino **que todos seremos cambiados** [nacidos de nuevo del Espíritu], en un instante, en el parpadeo de un ojo, a la última trompeta; porque **la trompeta sonará, y los muertos serán levantados incorruptibles, y nosotros seremos cambiados**. Porque esto corruptible debe vestirse de incorruptibilidad, y esto mortal debe vestirse de inmortalidad. Ahora, cuando esto **corruptible se haya vestido de incorruptibilidad, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad**, entonces sucederá el dicho que está escrito: “La muerte es tragada en victoria.”” (I Corintios 15:44-55; vea también I Tesalonicenses 4:14-18).

En resumen, la evidencia escritural revela claramente que uno no “nace de nuevo” ni “nace del Espíritu” hasta la resurrección, al regreso de Cristo. “Nacer de nuevo” no tiene relación directa con el bautismo ni la conversión. Cuando uno “nace de nuevo”, se convierte en un ser espiritual—compuesto de espíritu. Este es el verdadero significado de “nacer de nuevo”.

¿**Qué significa ser “nacido de Dios”?** La confusión en torno a este tema se ve agravada por el pasaje “nacido de Dios” en I Juan 3:9, un verso que ha sido gravemente mal traducido. Lamentablemente, esta mala traducción ha llevado a muchos a suponer erróneamente que los cristianos “nacidos de Dios” (o “nacidos de nuevo”) *no pueden pecar*. Pero, como hemos visto, ningún cristiano ha nacido aún de nuevo ni ha nacido de Dios. Además, la idea de que los cristianos son *inmunes* al pecado es obviamente falsa.

La *versión Reina Valera* dice: “Todo aquel que es **nacido** de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y **no puede pecar**”. Tal como se traduce, este verso contradice otros versículos de I Juan, así como el resto del Nuevo Testamento.

Contrariamente a esta traducción incorrecta, Juan escribió que incluso los cristianos que tienen el Espíritu Santo *sí pecan*. a veces, y que necesitan confesar sus pecados para obtener el perdón (I Juan 1:7-10; 2:1-2). Francamente, sería completamente incongruente que Juan escribiera los pasajes anteriores sobre cómo los creyentes convertidos a veces *pecan* y, al mismo tiempo, escribiera en I Juan 3:9 que quien ha nacido de Dios (o ha nacido de nuevo) “no comete peca-

do”—y que tal persona “no puede pecar”. Dado que las Escrituras no se contradicen, ¿cuál es la solución?

Es evidente que I Juan 3 no puede referirse a aquellos “nacidos de nuevo” a la existencia espiritual mediante una resurrección; como se muestra arriba, *solo* Jesús ha “nacido de nuevo” como espíritu al resucitar de entre los muertos. Nadie más ha nacido ni nacerá de nuevo mediante una resurrección hasta el regreso de Cristo. Por lo tanto, I Juan 3:9 *solo puede* aplicarse a cristianos *aún vivos*.

El problema con este pasaje radica en dos palabras o frases mal traducidas. Primero, la palabra «nacido» se traduce del verbo griego *gennao*. En la *versión King James*, *gennao* se ha traducido como “engendrar” o “engendrado” 55 veces; como “nacido” 37 veces; y como “concebir, dar a luz, parir o engendrar” 4 veces. El contexto determina si *gennao* debe traducirse como “engendrado” o “nacido” (Wigram, *Englishman's Greek Concordance of the New Testament*).

Con este entendimiento, la primera parte de I Juan 3:9 se puede corregir simplemente traduciendo *gennao* como “engendrado” en lugar de “nacido”. Como resultado, la traducción correcta debería ser: “**Todo aquel que ha sido engendrado por Dios...**”.

La segunda frase de I Juan 3:9 que no se ha traducido con precisión en la *Valera* es “no comete pecado”. No cabe duda de que una persona convertida, en ocasiones, *comete* pecado; pero mediante el verdadero arrepentimiento, por la gracia de Dios y la sangre de Cristo, esos pecados pueden ser perdonados. La clave para comprender esta frase reside en una traducción precisa del verbo griego *poiei*, que se traduce como “cometer”. Como señalan muchas de las mejores traducciones de la Biblia, el significado es simplemente que aquel que es engendrado de Dios—que se ha «convertido» y ha comenzado su camino cristiano—no *practica* el pecado ni *vive en* pecado. Esto también lo confirman numerosas ayudas bíblicas, como *el Léxico Griego-Inglés del Nuevo Testamento de Berry*, que indica que la formulación griega de este pasaje significa “*hacer, generalmente, es decir, habitualmente, realizar, ejecutar, ejercer, practicar, es decir, seguir un curso de acción, ser activo, trabajar ...*” (p. 81).

El contexto de la Epístola de Juan no trata sobre la incapacidad del cristiano para pecar. Por lo tanto, *poiei* en este contexto significa **practicar el pecado como forma de vida**. Cuando el verso 9 se traduce como “no *practica* el pecado”, se elimina la contradicción creada por la *versión King James*. La traducción correcta de esta parte del verso 9 es: “**Todo aquel que ha sido engendrado por Dios no practica pecado**”.

Además, este significado de *poiei* se conserva en la segunda parte del verso 9 con referencia a “no puede pecar”, que debería leerse “no puede *practicar* el pecado”. Por lo tanto, la traducción correcta del verso completo debería ser: “**Todo aquel que ha sido engendrado por Dios no practica pecado, porque Su semilla de engendramiento está viviendo dentro de él, y no es capaz de practicar pecado, porque ha sido engendrado por Dios**”. Esta traducción armoniza con el resto de la Epístola de Juan (y con todo el Nuevo Testamento) y elimina todas las contradicciones.

Una de las razones de la confusión sobre este tema es que muchos no comprenden que **la conversión es un proceso continuo**. En cierto sentido, una persona se “convierte” cuando se arrepiente, es bautizada para la remisión de pecados y recibe el Espíritu Santo (por el cual es *engendrada*). Sin embargo, en otro sentido, su conversión apenas *comienza*. Como *proceso* de cambio y crecimiento, la conversión se desarrolla a lo largo de la vida. Por lo tanto, el pecado aún se presenta ocasionalmente, pero *no* como una forma de vida o práctica habitual. Solo al final de ese período de crecimiento, cambio y superación, el cristiano finalmente “nace de nuevo” en la resurrección como un miembro inmortal de la familia de Dios, compuesto de espíritu.

Para obtener información completa sobre el concepto de “nacer de nuevo”, revise ¿Qué significa nacer de nuevo? y ¿Qué significa nacer de Dios?.

El Espíritu Santo—Clave para llegar a ser nacido de nuevo: Una de las mayores falsas enseñanzas del “cristianismo” de este mundo se refiere a la comprensión del Espíritu Santo—al que ven como una “tercera entidad” de una supuesta “trinidad”. Como se mencionó anteriormen-

te, la salvación es un *proceso*. Comienza con el arrepentimiento y el recibimiento del Espíritu Santo. Es ese Espíritu el que guía y capacita al nuevo converso en un camino de transformación y superación—llegando a ser como Cristo en todo sentido—en preparación para la vida eterna en el Reino de Dios. Pero la cristiandad rechaza la idea de que la salvación sea un proceso—creyendo en cambio en el falso concepto de “una vez salvo, siempre salvo”.

En efecto, comprender la verdad del Espíritu Santo es vital para llegar a “nacer de nuevo”. El Nuevo Testamento revela que el Espíritu Santo no es una persona—ni forma parte de una trinidad sin sentido. Más bien, es el poder mismo de Dios, que se imparte como don de Dios a todo aquel que se arrepiente de sus pecados y acepta el sacrificio de Jesucristo para el perdón de los pecados (Hechos 2:38). Tras el verdadero arrepentimiento, bautismo e imposición de manos, Dios el Padre pone el poder del Espíritu Santo en cada verdadero cristiano, convirtiéndolo así en Su hijo engendrado. Así comienza el *proceso* llamado “conversión”—es decir, *cambio*.

Sin embargo, no será hasta la resurrección, cuando Jesucristo regrese a la tierra, que todos aquellos que hayan muerto en la fe, junto con los cristianos verdaderamente convertidos que aún vivan, “nacerán de nuevo”. Serán transformados de seres humanos carnales a hijos glorificados de Dios y reinarán con Jesucristo como reyes y sacerdotes en el Reino de Dios.

Con poca variación denominacional, la doctrina de la Trinidad constituye un pilar fundamental de prácticamente todas las religiones “cristianas”. Como doctrina, sus orígenes se encuentran claramente en la iglesia protocatólica primitiva que surgió tras la era apostólica. Pero, como veremos, sus raíces se hallan en el antiguo mundo pagano, con influencias de Babilonia, Egipto, Grecia, etc. En los siglos inmediatamente posteriores a la época de Jesús, surgieron diversas disputas sobre su “naturaleza” exacta. El Concilio de Nicea, en el año 325 d. C., resolvió en parte la cuestión. El emperador romano Constantino—que no tenía una convicción particular al respecto—convocó el concilio estrictamente para evitar la división religiosa dentro de su imperio.

Si bien el Concilio de Nicea resolvió en gran medida la cuestión de la divinidad de Jesús, en el mejor de los casos solo insinuó una forma temprana de trinitarismo. El Credo Niceno simplemente señaló: “Creemos en el Espíritu Santo”, pero no ofreció más detalles. Con el tiempo, los desacuerdos pronto se centraron en la naturaleza exacta del Espíritu Santo. Como escribe Karen Armstrong: “La gente estaba confundida acerca del Espíritu Santo. ¿Era simplemente un sinónimo de Dios, o era algo más?” (*A History of God*, p. 115).

En la segunda mitad del siglo IV, tres teólogos de la provincia de Capadocia, en el este de Asia Menor, comenzaron a desarrollar la doctrina de la Trinidad. Más allá de Nicea, propusieron que Dios el Padre, Jesús el Hijo y el Espíritu Santo eran coiguales—unidos como un solo ser, pero a la vez distintos entre sí. Estos teólogos —Basilio (obispo de Cesarea), Gregorio (obispo de Nisa) y Gregorio (de Nacianzo)—se formaron en filosofía griega, lo que sin duda influyó en sus ideas teológicas.

Pero la doctrina de la Trinidad continuó refinándose con el tiempo. Las enseñanzas de los teólogos capadocios allanaron el camino para que el Concilio de Constantinopla (381 d. C.) “afirmara la divinidad del Espíritu Santo, que hasta ese momento no se había declarado claramente en ninguna parte, ni siquiera en las Escrituras” (*HarperCollins Encyclopedia del Catolicismo*, “Dios”). El concilio adoptó una declaración que, en parte, dice: “Creemos en un solo Dios, el Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todas las eras... Y creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo recibe la misma adoración y gloria, que habló por los profetas... ».

Con esta declaración, la doctrina de la Trinidad, tal como se entiende generalmente hoy en día, se convirtió en la enseñanza católica oficial sobre la naturaleza de Dios. Otras creencias sobre la naturaleza de Dios fueron prohibidas.

Pero no hay *ningún* respaldo bíblico para la idea de que el Espíritu Santo sea una persona o un tercer miembro de una supuesta trinidad. Toda la idea se basa en conceptos paganos y razo-

namientos humanos inspirados por Satanás el diablo. Nuevamente, el Espíritu Santo es *el poder por el cual Dios realiza Su voluntad*. La “impregnación” del Espíritu Santo de Dios el Padre como engendramiento espiritual se concede gratuitamente a cada creyente al arrepentirse de sus pecados, ser bautizado por inmersión y recibir la imposición de manos. Este engendramiento del Espíritu Santo es la garantía y seguridad de la promesa de vida eterna a través de Jesucristo. Como poder de Dios, el Espíritu Santo hace partícipe a cada hijo de Dios de la naturaleza divina y le imparte la capacidad de desarrollar el amor de Dios. Los frutos del Espíritu Santo son amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y auto control (Gálatas 5:22-23).

Así, la morada del Espíritu Santo otorga a cada persona el poder para vivir conforme a la voluntad de Dios y vencer las tentaciones de la naturaleza humana, del mundo y de Satanás. A medida que el creyente, engendrado espiritualmente, busca servir y obedecer a Dios, el Espíritu Santo lo guiará a comprender la Palabra de Dios, esencial para la salvación.

El Espíritu Santo es la semilla espiritual mediante la cual Dios engendra al ser humano, capacitándolo para vivir en la carne y, todavía, convertirse en hijos espirituales de Dios. En resumen, el Espíritu Santo es simplemente *el poder de Dios en acción*. Ese mismo espíritu, obrando en nosotros, nos da el poder para vencer las tentaciones y el mal. La falsa creencia de la Trinidad de que el Espíritu Santo es un ser viviente es, sin duda, contraria a la totalidad de la Palabra de Dios. El Espíritu Santo es simplemente el mecanismo y la proyección de Su poder, voluntad y amor. Quienes tienen el Espíritu Santo en su interior han recibido el mayor don—el poder mediante el cual Dios los transformará para que se conviertan en hijos de Dios eternos, nacidos de nuevo, en la resurrección.

El espíritu del hombre—otra clave vital: Al considerar el significado de llegar a ser “nacidos de nuevo”—a través de un *proceso que dura toda la vida*, también es importante comprender el papel del “espíritu humano”. Una vez más, el cristianismo de este mundo ve la salvación simplemente como una cuestión de “aceptar a Jesús”—un evento único y definitivo. No reconocen la vital necesidad de crecimiento personal, cambio o desarrollo de un carácter piadoso. Pero como dijo Jesús, solo aquellos que *venzan* heredarán posiciones de autoridad en el Reino de Dios (Apocalipsis 2:26; etc.). Como hemos visto, este proceso es posible gracias a que somos guiados y empoderados por el Espíritu Santo. Pero todo el proceso se desarrolla en nuestros corazones y mentes porque se nos ha dado el “espíritu de hombre”—esa parte de nuestro ser que nos da el poder de la mente. Este espíritu humano no es un “alma” en absoluto; más bien, nos da la capacidad de pensar, razonar y crear. De lo contrario, seríamos meros animales. Además, este espíritu humano nos da la capacidad de tener una *relación íntima* con Dios—de comunicarnos con Él y conocerlo—de comprender conceptos espirituales vitales. Observe lo que escribió Pablo: “**Porque ¿quién entre los hombres entiende las cosas del hombre, excepto por el espíritu del hombre el cual está en él? En la misma manera también, nadie entiende las cosas de Dios excepto por el Espíritu de Dios**” (I Corintios 2:11).

¡El mundo no entiende esto! ¡El cristianismo moderno es ciego a esto! Pero esto es lo que hace posible la salvación—la interacción del Espíritu de Dios con el espíritu del hombre. ¡Esto es lo que, en última instancia, nos permitirá nacer de nuevo algún día!

Hermanos, gracias por su amor y oraciones por nosotros y por todos los hermanos. Oramos por ustedes cada día—pidiendo las bendiciones y la protección de Dios, así como su salud y sanidad. Le agradecemos su diezmos y ofrendas—que se utilizan para servir a los hermanos y predicar el Evangelio del venidero Reino de Dios. Oramos para que Dios los bendiga y los cuide en todo. Que el amor y la gracia de Dios permanezcan con ustedes.

Con amor en Cristo Jesús,

Fred R. Coulter

FRC